

RUBIUS



GAMEDONIA

ESCUELA de GAMERS



© elrubius, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

© Minerva Miralles Oliver, por layout, entintado, supervisión de color y rotulación, 2018

© Verónica López Pachón, por el color, 2018

Redacción y versión final del texto: Sergio Parra Castillo y Josep Busquet Mendoza, 2018

Diseño de interior: María Jesús Gutiérrez

Tipografía del título: Sergio Galarza

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662.664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición, junio de 2018

ISBN: 978-84-270-4444-9

Depósito legal: B. 7.684-2018

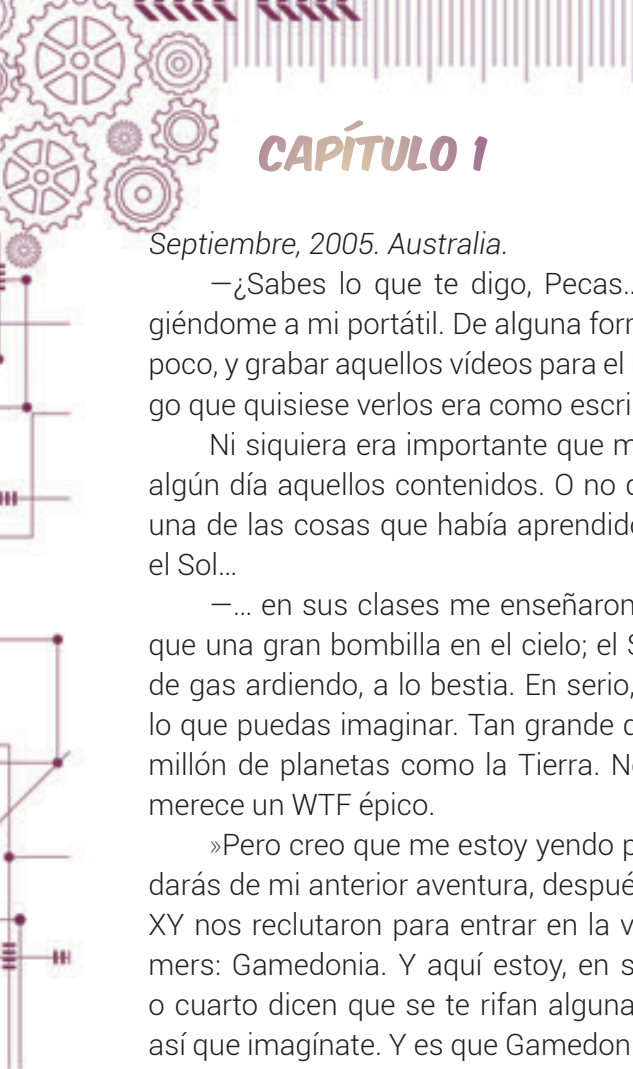
Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.



CAPÍTULO 1

Septiembre, 2005. Australia.

—¿Sabes lo que te digo, Pecas...? —empecé a hablar dirigiéndome a mi portátil. De alguna forma quería desahogarme un poco, y grabar aquellos vídeos para el Pecas y cualquier otro amigo que quisiese verlos era como escribir un diario personal.

Ni siquiera era importante que mi amigo el Pecas visionara algún día aquellos contenidos. O no del todo. Y entonces le dije una de las cosas que había aprendido en el Directorio XY sobre el Sol...

—... en sus clases me enseñaron que el Sol es mucho más que una gran bombilla en el cielo; el Sol es una bola gigantesca de gas ardiendo, a lo bestia. En serio, es mucho más grande de lo que puedas imaginar. Tan grande que en su interior cabría un millón de planetas como la Tierra. No me digas que eso no se merece un WTF épico.

»Pero creo que me estoy yendo por las ramas. Como recordarás de mi anterior aventura, después de escapar del Directorio XY nos reclutaron para entrar en la verdadera escuela para gamers: Gamedonia. Y aquí estoy, en segundo curso... En tercero o cuarto dicen que se te rifan algunas empresas de tecnología, así que imagínate. Y es que Gamedonia es una escuela alucinante que parece de ciencia ficción, pero lo más raro de todo es que está en mitad de uno de los desiertos más secos del mundo, en el centro de Australia. Fue aquí donde me di verdaderamente cuenta de lo caluroso que es el Sol.

Y allí estaba yo, en mi dormitorio de Gamedonia, contándole al Pecas cosas sobre nuestra estrella. Pero dejemos el Sol por ahora, que no quiero incurrir en ningún *spoiler* de lo que estaba a punto de pasarme. Bueno, de lo que estaba a punto de pasarle a toda la humanidad, más bien.

Yo acababa de empezar las clases en Gamedonia y andaba más que ilusionado. Por cierto, la palabra *spoiler* me la enseñó uno de sus profesores, Don Williams. Luego os hablaré de él.

Lo importante es que estaba en la auténtica, la inimitable escuela gamer, y que había llegado hasta allí en compañía de los mejores amigos que había hecho en el Directorio XY. Bueno, de casi todos los mejores amigos. Todavía me acordaba de Ogro. Y esperaba que Robin mantuviera nuestro pacto de no revelar su guarida secreta en el doble fondo del armario de mi dormitorio.

Estéticamente, Gamedonia era todo lo contrario al Directorio. ¡Qué graficazos puede tener la vida real, oye! Edificios acristalados, espacios abiertos ajardinados y, rodeándonos, una agradable temperatura. Más tarde descubriría que dentro de los límites de Gamedonia se mantenían unas condiciones más favorables que las del árido desierto que nos rodeaba. Los llamados procesadores meteorológicos de cuatro puntos eran la tecnología que permitía que nos sintiéramos en una especie de oasis. Gracias a esos trastos, por ejemplo, fuera podía hacer un calor capaz de derretir una barra de mantequilla en pocos minutos, mientras que dentro se disfrutaba de una templada tarde de primavera.

Mis padres habían accedido al cambio de escuela sin poner demasiadas objeciones. Creo que los asesores de Gamedonia habían tenido algo que ver en ello. En todo caso, ¡gracias, mamá!

Al parecer, Gamedonia también había logrado convencer con la misma facilidad a los padres de Flynn Puentes, Oli Janssen y Willard Verkan, mis amigos en el Directorio XY.

El que lo había tenido más difícil de todos era Verkan. ¿Os acordáis de Verkan? El chaval ruso de familia rica al que le encantaba pensar que era el mejor en todo. En el fondo, como ya os habréis dado cuenta, tiene su corazoncito. De hecho, a veces, para irritarle un poco, le digo que tiene el puño de hierro, pero el corazón sensible. Cada vez que lo hago me mira con el ceño fruncido, haciéndose el duro, pero sabe que tengo razón. La cuestión es que su padre sí que tiene el puño de hierro, aunque el corazón de hielo. Es un gran inversor del Directorio XY, e incluso sus ingenieros estaban detrás del diseño de las sofisticadas impresoras

3D que me habían convertido en leyenda. Seguro que alguno de vosotros llegó a tener en casa algún producto marca «Rubius» sin ni siquiera saberlo.

En el Directorio XY todavía se acordarán de mi ukelele amarillo. Era estrambóticamente sublime y a la vez más inútil que una rueda cuadrada, como si hubiese llegado de una dimensión paralela donde nada sigue las leyes de este planeta. Era imposible afinarlo, y si lo tocabas hacía un ruido tan espantoso que nadie podría aguantarlo más de diez segundos. Ahora que lo pienso, a lo mejor podría usarse como arma. ¿Que por qué me ha dado por pensar en eso? No nos adelantemos.

Yo nunca he visto al padre de Verkan, pero me imagino un tipo alto y de espaldas anchas, casi un vikingo vestido con traje de Armani. Lo que no soy capaz de imaginarme es cómo mi amigo consiguió convencerle de que prefería ingresar en Gamedonia. Y, sobre todo, cómo había logrado evitar un castigo por escaparse del Directorio XY. Verkan siempre me dice que la historia no vale mucho la pena, sin entrar en más detalles. Pero eso a mí no me vale.

—Venga, confiesa, ¿cuál fue el chantaje? ¿Le has prometido encerar a mano su flota de limusinas?, ¿pulir con un cepillo de dientes los candelabros de plata? —Reconozco que sobre todo lo hacía para pincharle.

—La cuestión es que, después de discutirlo —me explicó—, se encerró toda la tarde en su despacho. Al final, salió todo serio para decirme que, si era lo que deseaba, tenía su permiso.

Verkan creía que quizá su padre tramaba algo y que tal vez por eso le había sido tan fácil convencerle. ¿El padre de Verkan pretendía recibir información sobre Gamedonia? Quién sabe. Lo importante es que Verkan no estaría obligado a regresar a aquella escuela antigamers nunca más.



A MI AMIGA OLI CASI LE LAVAN EL CEREBRO EN EL DIRECTORIO XY. NO LE GUSTABAN NADA LAS NORMAS Y NO ERA UNA ALUMNA EJEMPLAR.



QUISIERON CONVERTIRLA EN UNA ZOMBI, UNA ALUMNA PERFECTA.



CONSEGUIMOS SALVARLA Y AHORA ESTÁ EN GAMEDONIA CON NOSOTROS, PERO AÚN NO SE HA RECUPERADO DEL TODO.



DE VEZ EN CUANDO AÚN SUELTA NORMAS DEL DIRECTORIO EN MODO AUTOMÁTICO.

ESTO INCUMPLE LA NORMA 44B/7 DEL DIRECTORIO.

PERO A PESAR DE ESO, TUVO UNAS BUENAS VACACIONES.



COMO FLYNN, QUE
HA HECHO MUCHAS COSAS,
NO HA PARADO:

HA JUGADO A
VIDEOJUEGOS TUMBADA
EN SU CAMA...



TUMBADA
EN SU SOFÁ...

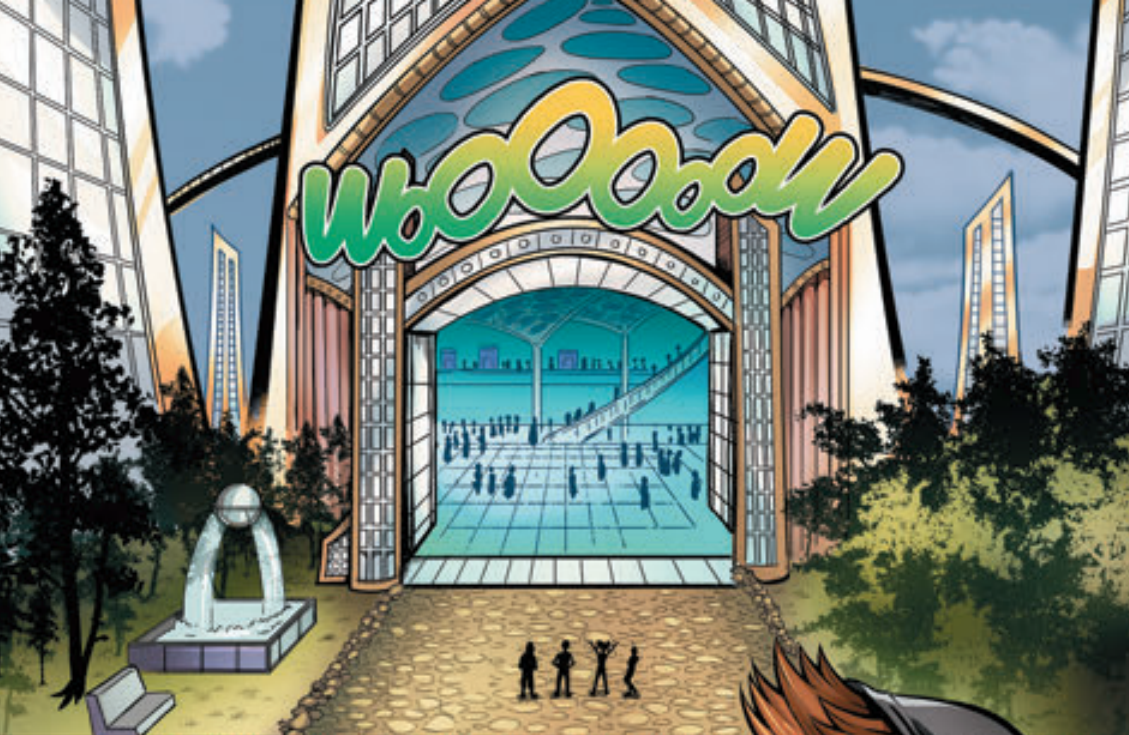


SENTADA EN
EL SUELO.



MIENTRAS
COMÍA.

¡ILUSAS VACACIONES
TREPIDANTES!



A pesar de todo, nuestra entrada triunfal en Gamedonia había sido un poco más accidentada de lo que pudiera parecer. Básicamente, esto fue lo que pasó: detrás de nuestras espaldas oímos un temblor seguido muy de cerca de un gruñido metálico. Nos giramos en redondo y, justo a diez metros de distancia, localizamos un enorme robot que tenía la forma de Godzilla. Por suerte, no tenía el tamaño de Godzilla, aunque sus dimensiones eran capaces de causar pánico al más valiente.

—¿Qué es eso? —exclamó Verkan sin moverse del sitio, paralizado por el miedo.

—¡Un transformer! —gritó Oli.

—¿No veis que es un Godzilla? —me atreví a corregirles, a pesar de que el terror tampoco me dejaba moverme del sitio.

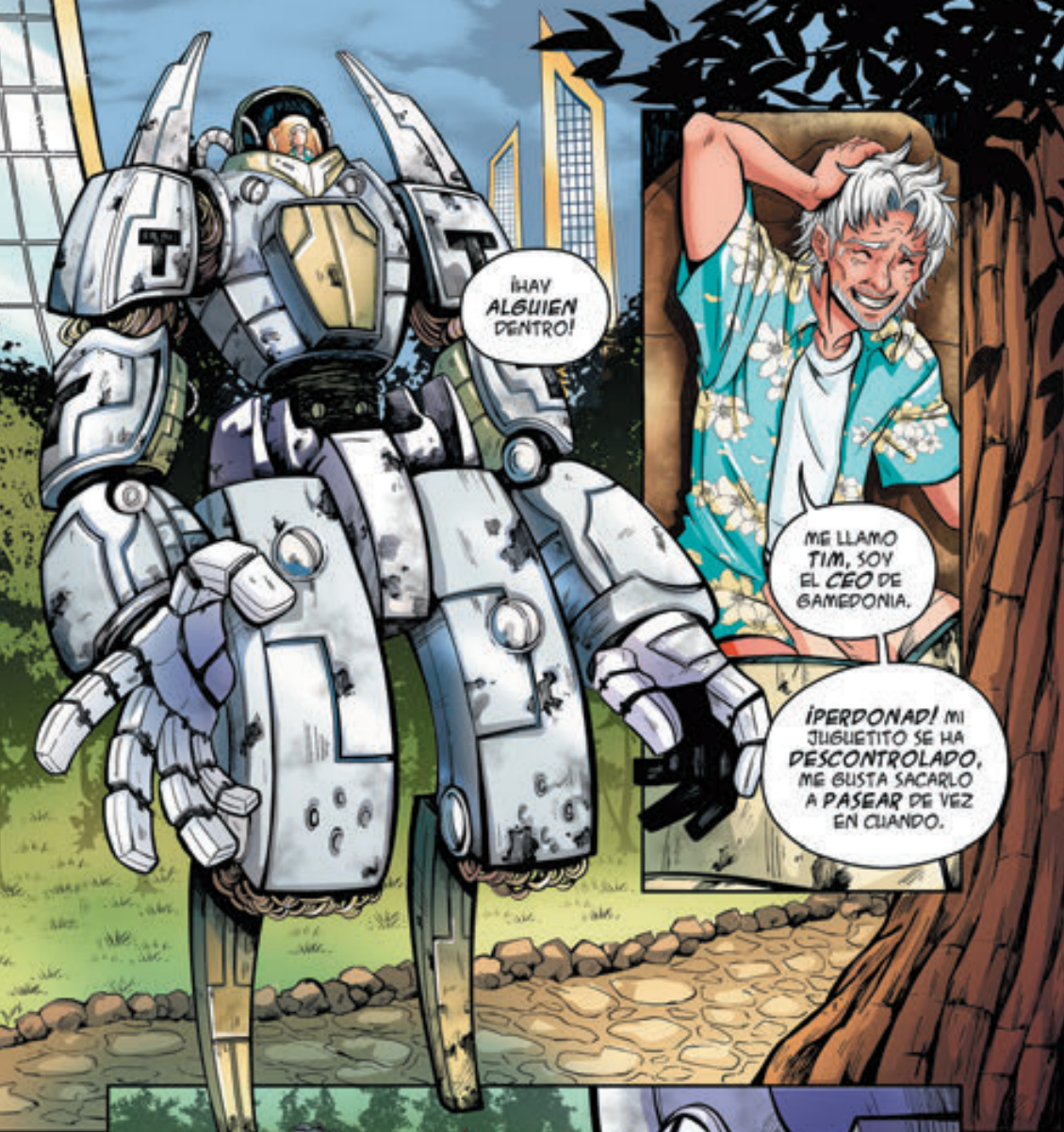
El robot, que me recordaba al típico mecha del manga japonés, emitió un rugido que sonaba como la frenada de un tren a punto de descarrilar y se lanzó a la carrera hacia nosotros. ¿De verdad íbamos a ser devorados por un robot gigante en nuestro primer día de clase?

Menos mal que Flynn estaba allí. En apenas un par de segundos había sacado su portátil de la mochila. Desplegó sus códigos de *hacking* y, tras un fugaz tamborileo de dedos sobre el teclado, el robot se quedó de repente paralizado. Todos sus motores se apagaron lentamente, escupiendo un siseo como el de una caldera que se enfría. Teníamos a Godzilla solo a un metro de nosotros, pero al fin pudimos soltar todo el aire que habíamos estado reteniendo en los pulmones.

—¡Uf! —suspiró Flynn—, por los pelos.

—Creo que nunca agradeceré lo suficiente que una experta *hacker* sea nuestra amiga —murmuré sin dejar de examinar la enorme boca llena de dientes de aquella criatura de metal.

Entonces el robot emitió otro concierto de crujidos y chirridos, y la cabeza se desplazó hacia delante, dejando a la vista una entrada en la parte superior.



¡HAY
ALGUIEN
DENTRO!



ME LLAMO
TIM, SOY
EL CEO DE
GAMEDONIA.

¡PERDONAD! MI
JUGUETITO SE HA
DESCONTROLADO,
ME GUSTA SACARLO
A PASEAR DE VEZ
EN CUANDO.



VOY A APARCARLO,
PODÉIS IR ENTRANDO.
¡BIENVENIDOS!

Aún teníamos el corazón a mil por hora. La única que parecía entusiasmada con aquel mecha era Oli, que no dejó de repetirnos que algún día iba a pilotarlo ella misma, que la sensación de estar dentro de un robot gigante debía de ser indescriptible.

Sin embargo, nos olvidamos de aquel juguete mecánico de Tim en cuanto contemplamos el interior de Gamedonia. El vestíbulo principal era digno de sacar una cámara y pasarse el día haciendo fotos. Desde luego, un diseñador de interiores se habría quedado pasmado allí dentro.

Básicamente, era un enorme patio acristalado con varios niveles, pulcro, diseñado al estilo de una nave espacial. Una sensación que se agudizaba gracias al enorme panel que colgaba de una de las paredes. Era como un póster electrónico gigante, tan fino como una hoja de papel, en el que se emitía en bucle una especie de publrreportaje sobre Gamedonia. Una voz en off decía: «Bienvenido a Gamedonia, estudiante. Disfruta y pásatelo bien, porque esos son los primeros pasos para aprender». A partir de planos aéreos, picados y contrapicados, en aquel publrreportaje que recordaba a una película de Hollywood se mostraban todas las dependencias de la escuela, así como imágenes de archivo de los inicios de la institución, cuando se habían construido los primeros edificios de aquel extraordinario complejo.

En el vídeo, los estudiantes andaban de un lado para otro sonrientes, llevando ropas informales y cómodas: nada que ver con los uniformes clasicorros del Directorio XY. Hasta los profesores, que, mirando a cámara, parecían responder a alguna pregunta, vestían casi como adolescentes. «Lo que intentamos en Gamedonia es eliminar la barrera entre la realidad y la imaginación», decía uno de ellos dirigiéndose con ojos entrecerrados hacia el espectador y usando el canto de una mano para trazar una línea imaginaria frente a él, como si dividiera efectivamente dos planos de la realidad.

Gamedonia era una escuela futurista en todos los sentidos. Por todas partes había objetos que podrían haber aparecido en un videojuego. En alguna pared, por ejemplo, destacaba un aparato cromado y brillante del tamaño y la forma de un huevo de gallina que se iluminaba cuando te acercabas a él. No tenía ni idea de para qué podría servir algo así y, al contrario que en el Directorio XY, nadie vino a recibirnos para aclarar nuestras dudas. Allá donde mirases también había terminales de ordenador, espacios para conectarse con gafas electrónicas a mundos virtuales y hasta máquinas arcade antiguas. En ninguna escuela del mundo podría haber encontrado algo así.

—*Oh my God...!* —murmuré cuando descubrí tras un panel acristalado que hasta tenían una piscina de olas en unos jardines del campus para quienes quisieran practicar surf.

Sin embargo, reconozco que algunas cosas eran un poco viejas, tenían arreglos chapuceros, estaban cubiertas de parches o —como tendríamos ocasión de comprobar— funcionaban mal. Era como si Gamedonia hubiera sido un lugar alucinante diez o veinte años atrás, y en ese momento estuviera ya un poco deteriorada. O quizá todo se reducía al contraste de haber estudiado antes en una escuela tan ordenada y pulcra como el Directorio XY. Quién sabe.

Por otro lado, apenas había alumnos paseando por las instalaciones, lo que le otorgaba a Gamedonia un aire como abandonado. Más tarde descubriríamos que casi todos ellos solían estar conectados a mundos virtuales o jugando a videojuegos, y fuera de estas dos actividades eran tan vagos como los koalas, el animal más popular de Australia. Yo, por el contrario, era un poco más canguro, el otro animal famoso del país. La sensación de desolación se acentuaba por otro motivo: en algunas pantallas que salpicaban diversos rincones de aquella recepción parpadeaba una luz roja con el siguiente mensaje: «Estado de Alerta 3. Todos los sistemas en suspensión». ¿Qué estaría pasando?



Lo primero que había llamado mi atención en Gamedonia era que no había una puerta cerrada con diez candados, ni un portero que se pareciera a Arnold Schwarzenegger custodiando la entrada. Tampoco había ningún tipo de medidor biométrico, como el control de huellas dactilares o el escaneo de iris.

Gamedonia era casi como un parque temático, como Disneyworld, pero sin taquillas ni torniquetes. Solo había una sonriente secretaria detrás de una mesa que entregaba el material y las tarjetas de acceso a los dormitorios.

En ese sentido, Gamedonia era todo lo contrario al Directorio XY, donde reinaban el secretismo y la rigidez. En lo que sí se parecían, y eso me dejó más tranquilo, fue en que nos facilitaron un traductor universal que se alojaba en nuestro oído y nos permitía hablar con alumnos y profesores de otras nacionalidades. (Como ves, mamá, seguía aprendiendo idiomas a tope). No obstante, los traductores de Gamedonia no eran tan pequeños y ergonómicos como los del Directorio, más bien eran una versión anterior, una beta en pruebas. Quién lo hubiera dicho de una escuela que parecía vivir en el futuro comparada con otra que parecía vivir en el pasado.

En cualquier caso, era como estar en una tienda de electrónica cuyo *stock* estuviera formado por los *gadgets* que iban a inventarse en las décadas siguientes. Si el Directorio XY desprendía un aire clásico, como en las películas de Sherlock Holmes, aquí parecía que estuvieses en *Star Wars*. En cualquier momento podría haber aparecido Darth Vader detrás de una puerta y creo que no me hubiera sorprendido demasiado.

Entonces, a través de mi traductor universal, empecé a oír un crepitar de estática y una respiración pesada y jadeante, precisamente como la de Darth Vader. Una voz distorsionada parecía estar hablándome a través de aquel chisme. Creo que palidecí y tragué saliva con dificultad.